

A PROPÓSITO DE UN CENTENARIO

Estamos entre dos fechas centenarias de una institución docente de renombre universal. La primera, se conmemoró en Roma poco ha; recuerda la restitución del Colegio Romano a la Compañía de Jesús, el 17 de mayo de 1824. La segunda recurrirá el 3 de noviembre de este mismo año y nos traerá a la memoria el centésimo aniversario de la apertura solemne de las clases.

La prensa extranjera, particularmente la italiana, ha narrado por extenso los festejos de la primera fecha centenaria. En ellos ha intervenido bondadosamente uno de los alumnos más preclaros de la Universidad Gregoriana del Colegio Romano, el actual Pontífice Pío XI.

UN POCO DE HISTORIA

El 22 de febrero de 1550, en Roma, quince jóvenes estudiantes jesuitas, por orden expresa del mismo Ignacio de Loyola, se instalaban en una casa alquilada al pie del Capitolio, para empezar, al día siguiente, las clases de Latín, Griego y Hebreo.

He aquí el humilde origen de una obra grande y celeberrima; de la institución más importante en enseñanza que fundó San Ignacio: el Colegio Romano.

La idea del fundador no era mezquina: deseaba instituir una universidad que fuese el prototipo de los demás establecimientos de su Orden; un establecimiento central en la ciudad de Roma, cabeza de la cristiandad; un centro de estudios sagrados al que concurriesen jóvenes, no sólo del propio instituto, sino del clero en general y de las otras órdenes religiosas; algo que satisficiera en una palabra aún a los extranjeros para quienes se abriesen también y con preferencia sus aulas, y adonde pudiesen acudir seguros de hallar una formación completa.

Tal era la mente de Ignacio, y a llevar a feliz término ese anhelo, dedicó, apenas fundado su instituto, la Compañía de Jesús, las mejores

actividades de su alma generosa y magnánima. Empeñó, primero, en el negocio, al santo duque de Gandía Francisco de Borja, a quien vemos desde entonces sumamente adicto a la persona y a las empresas de Ignacio.

El celo que el fundador puso en activar todo lo concerniente al nuevo colegio, se ve claro no sólo del esfuerzo que puso en interesar en el asunto a altos y distinguidos personajes; sino también del gran número de cartas que dedicó al mismo: de las que se conservan del santo hay cerca de un centenar que a él se refieren.

Con esto, la obra comenzó a crecer en el favor y aprecio, no sólo de los estudiantes, que se multiplicaron de día en día, sino en las personas de elevado rango. Muy pronto, en septiembre del mismo año 1550, se hubo de tomar en arriendo otra casa más amplia y más a propósito para la enseñanza, en la que, en enero del 52, llegaron a reunirse unos doscientos cincuenta escolares de fuera de la Compañía, según consta en «*Monumenta Historica S. J.*».

Este rápido acrecentamiento de la obra, obligó a San Ignacio a procurar darla a conocer a los superiores de la Orden para que la favoreciesen buscándole personas influyentes y capaces, y él mismo puso todo su conato para procurar un fundador distinguido que pudiera sostenerla con su propio peculio.

Para lo primero encargó al Padre Polanco escribiese una circular a los superiores de la Compañía. Esta carta, por ser un documento importantísimo en la materia y revelarnos todo un mundo de ideas, la insertamos a continuación, tal cual la hallamos en «*Monumenta Historica S. J.*» (1).

Dice así:

«Puesto que la razón de conciencia y la misma cosa en sí parece que exige el que yo, para mayor gloria de Dios, exponga a V. R. y a los demás Superiores de la Compañía lo que pasa en este nuestro Colegio Romano, primeramente diré de cuánta importancia sea, y después cuántos han de vivir en él, para poder conseguir el fin de nuestro Instituto.

Y en primer lugar entienda V. R. que aquí estamos persuadidos

(1) Cfr. *Monumenta Historica S. J.*—*Monumenta Ignatiana*.—Series Prima.—*Sti. Ignatii epistolae et instructiones*. T. IV, pág. 684.—Matriti 1906.

La cátedra de Teología se abrió en 1553, a 28 de octubre, con expresa aprobación de Julio III.—Consúltese sobre el particular la magna obra del P. Tacchi Venturi, S. J., «*Storia della Compagnia di Gesù in Italia*». Tomo I. Roma—Milano—1910, págs. 58 y sigs.

que *entre todos los colegios de la Compañía, éste es el más importante* por su necesidad y por su utilidad. Primeramente por la mayor concurrencia de los que en él aprenderán toda clase de disciplinas y virtudes, y además *por estar en esta ciudad y Corte apostólica*, que teniendo mayor necesidad que las demás ciudades de este auxilio espiritual, se espera que ha de producir mayores y más copiosos frutos que en cualquier otra parte.

Lo segundo es que *este Colegio ha de tener los estudios de las tres lenguas, los de las artes liberales y filosofía y los de la teología escolástica*, y así se espera que ha de ser muy insigne, por tener profesores no sólo eruditísimos, sino también muy diligentes, que han de ejercitar a los escolares al modo escolástico y han de introducir aquí las costumbres de la Universidad de París, con lo cual se ayudará maravillosamente Italia, pues en sus Universidades se echan de menos principalmente dos cosas: ejercicio y asiduidad en las lecciones. Así, pues, aquí en poco tiempo, como esperamos, se aprovecharán los estudiantes de las buenas letras más que con mucho tiempo en otra cualquier parte, y acaso los demás estudios o academias excitadas por nuestro ejemplo se ayudarán en las letras, como pasó no hace muchos años con la predicación de la palabra de Dios, pues no habiendo antes lecciones sacras de la Escritura, ni Sermones sino apenas en Cuaresma y Adviento, después de ver el ejemplo de la Compañía, son frecuentes por todo el año.

Lo tercero es, que, *siendo célebre este Colegio, será al mismo tiempo luz y ornamento no vulgar de esta Santa Sede Apostólica*, lo cual estando a la vista y en medio de todos los pueblos y naciones, y contribuyendo mucho a la común utilidad de toda la Iglesia el que tenga ella buena opinión y todos ensalcen sus virtudes, no se puede dudar sino que sea una obra muy acepta al Señor, y tanto más cuanto se ha echado de menos en esta ciudad el buen ejemplo de semejantes obras y virtudes cristianas.

Lo cuarto es, que, para cumplir las misiones y legaciones de esta Santa Sede Apostólica, como es propio de nuestro Instituto, no ayudará poco el que florezca este Colegio en presencia y aun ante los ojos mismos de ella, y que se puedan hallar en él no pocas personas instruídas en el conocimiento de las grandes cuestiones de la ciencia y en irreprochables costumbres, las cuales estén dispuestas siempre a gloria de Dios y salud de las almas para toda obra buena, y aun más salgan de aquí y se críen aquí como en perpetuo seminario muchos que puedan realizar semejantes empresas.

Lo quinto es, que, habiéndonos el Sumo Pontífice encomendado el cuidado de instruir en letras y virtudes los alumnos del Colegio Germánico, para que se pueda socorrer a aquellas regiones septentrionales que por la ruina de la fe padecen extrema indigencia de operarios buenos y fieles; es de gran importancia que en este nuestro Colegio, donde estos germánicos han de ser instruídos, haya, no sólo muchos eruditos maestros, sino también no pocos y muy escogidos discípulos de nuestra Compañía, con los cuales estos germánicos hagan progresos al mismo tiempo, tanto en las lecciones como en los ejercicios literarios.

Lo sexto es, que *parece convenir mucho a nuestra Compañía que, ya que su Instituto se ve aquí prácticamente a los ojos del Sumo Pontífice y de la Sede Apostólica puesto por obra en la casa de los profesos, también se vea en los colegios.* Y aun parece esto más útil, cuanto que de aquí redundará mayor utilidad a los demás colegios, pues todos los que son personas de juicio y autoridad, medirán y juzgarán por éste los demás.

Lo séptimo es una consecuencia de lo dicho; porque, viniendo a esta Corte como al más ilustre centro de la tierra, gran número de personajes, no sólo nobles y poderosos, sino también príncipes, embajadores, obispos, cardenales, y, en una palabra, varones de lo más florido de la Iglesia, viendo este ejemplar y los bienes que de él se derivan, sin duda se han de encender en deseos de hacer cosa semejante en sus propias regiones. Y eso es lo que ha sucedido en los dos años que lleva de vida este Colegio: que *algunos Prelados han procurado erigir no pocos colegios semejantes en Italia.* En efecto, el Cardenal de Perusa (Fulvio della Corna), ha querido fundar uno en su ciudad, otro el Rmo. de Santa Cruz en Gubbio, otro el Rmo. Morone en Módena, y el Rmo. de Santiago uno en Florencia, otro en Nápoles y otro en España en Santiago de Compostela. Muchos más hubieran sido fundados a instancias de los que lo pedían; pero algunos se admitirán todavía en Italia y en España. Por experiencia, pues, tanto para la propagación de la Compañía, como para la multiplicción de los colegios, sirve este Colegio Romano.

Lo octavo es, que aquí se preparan preceptores ejercitados en las letras, que, como hasta ahora se ha hecho, vayan destinados a otros Colegios. Y así, además de los Colegios de que hemos hablado, también a otros como al de Ferrara, Padua, Bolonia, Tívoli, ha dado en su mayoría los lectores (maestros o catedráticos), y ahora los manda a los de Sicilia y Viena. En adelante se hará eso con mucha facilidad,

porque ahora hay muchos que estudian letras y se ejercitan con diligencia en ellos para poder después servir a los demás Colegios.

Lo nono es, ser este Colegio Romano muy útil para poder surtir de discípulos de la Compañía a los otros Colegios, y que sean suficientemente probados, no sólo en las buenas costumbres, sino también *en el feliz ingenio e índole egregia*. Porque la experiencia nos irá enseñando cuánto florecen en ingenio y virtud los que han de ser enviados.

Lo décimo y último es, que en este Colegio el uso y la experiencia nos va avisando, cosa por cierto de grandísimo provecho, de los métodos de enseñar más aptos, para que, transmitiéndolos a los otros Colegios, puedan ellos, sin pérdida de tiempo, conformarse al ejemplo de éste.

Baste lo dicho para ver la importancia y muchísimas utilidades de este Colegio. Ahora brevemente tocaré el punto de los que son necesarios en él.

En primer lugar es necesario un Rector, que esté sobre los demás, y con él otro que haga sus veces en el cuidado de la casa y que administre bien las cosas temporales. Han de añadirse nueve profesores de letras humanas: uno que enseñe hebreo, otro griego, otro que enseñe la primera clase de retórica; en la segunda, otro que tenga a su cargo el ornato y elegancia del lenguaje; otro en la tercera, en la cuarta otro, y otro en la quinta, a quien necesariamente se han de añadir dos ayudantes por la multitud que suele haber de pequeños. También ha de haber tres profesores de artes liberales y filosofía: uno que introduzca en los elementos a los discípulos y empiece a declararles la dialéctica, otro que explique la parte más alta de la lógica, y el tercero que tenga la física, según la costumbre de París; de éstos uno podrá exponer las matemáticas, si no parece escoger alguno que en particular se encargue de ellas. También serán tres los profesores de teología, dos para la escolástica y uno para la Sagrada Escritura. Así, pues, serán quince profesores en total.

Y puesto que todavía no hay muchos oyentes de fuera, sobre todo para las facultades mayores, así será preciso que haya algunos siquiera de la Compañía, de los que diez oigan la teología, cinco la filosofía y otros tantos asistan a las otras tres clases de lógica, dialéctica y retórica y al griego y al hebreo, de modo que sean treinta discípulos y quince profesores, con el Rector y el Vicerrector, y otros tres o cuatro para servir. No podrán ser, pues, menos de cincuenta y dos, como hemos dicho, los que con el favor de Dios empezarán el curso en el

próximo octubre. Ahora tenemos veinte y seis, y pronto se completará el número dicho.

Roma último día de Marzo de 1553.

De V. R. siervo en el Señor, *Juan de Polanco.*»

«En esta circular, nos dice el P. José M. Aicardo, se anunciaba ya el plan completo de Universidad que en octubre siguiente había de empezar a realizarse con unas solemnes conclusiones de tres días en la iglesia de Santa María de la Estrada, que en efecto «se tuvieron con mucha edificación y buenísimo olor y ejemplo de la Compañía. Halláronse presentes el Cardenal de Carpi, du Bellay, Santa Cruz, Cueva, Morone, Pighino y muchos prelados, y el embajador de Portugal y gran número de gente, en nuestra iglesia, agradando a todos mucho los discursos y disputas» (1).

La actividad y fama del Colegio Romano se aumentaba con tales actos de día en día. Llegaron a tenerse lucidísimas conclusiones o actos solemnes de hasta ocho días, con asistencia, en algunos de ellos, de seis cardenales, muchísimos obispos y religiosos de diversas órdenes y no pocos doctores de la Curia.

Mas lo que preocupaba en gran manera a Ignacio era el deparar a su obra un fundador digno de ella. Acudió para ello al Duque de Gandía y al Conde de Mérito, mas vista la imposibilidad de que ellos se encargasen del negocio, recurrió suplicante ante el trono de tres soberanos pontífices, Julio III, quien manifestó su decidida voluntad de apoyar y proveer a la fundación, pero no pudo completar lo apenas propuesto por habérselo estorbado su inopinada muerte; Marcello II, muerto también apenas elevado a la cátedra de Pedro, y Paulo IV, quien se manifestó enteramente ajeno a la obra.

Finalmente, Dios le deparó un fundador espléndido en la persona de Gregorio XIII, quien tomó por su cuenta la fundación y dotación del Colegio Romano, que por esto se ha llamado después «Universidad Gregoriana» del Colegio Romano.

El fruto que un establecimiento como éste ha dado a la iglesia de Dios, en escogidos ministros del altar, en celosos Pastores de almas, en innumerables obispos, en no pocos Cardenales, en varios Sumos Pontífices y hasta en algunos santos, de los cuales han pasado por sus aulas al menos seis, es incalculable. En él se ha visto patente un admirable ejemplo de caridad cristiana, que ha llamado la atención

(1) Cfr. Comentario de las Constituciones de la Compañía de Jesús.—José M. Aicardo, S. J. Tomo III, pág. 124. Madrid, 1922.

de propios y extraños. Con frecuencia ha cobijado bajo un mismo techo y en circunstancias bien difíciles, a jóvenes de hasta diez o más naciones distintas. En la vida de un santo amable y simpático, San Juan Berchmans, que desde 1619 a 1621 fué alumno de la Universidad Gregoriana, leemos en una carta dirigida al señor canónigo de Malinas Juan Froymont: «...He cumplido ya un año del curso de filosofía en el Colegio Romano de la Compañía, en donde viven más de doscientos entre Padres y Hermanos, ocupados casi todos en los estudios. Cosa por cierto maravillosa: son casi todos de diferentes naciones: españoles, polacos, alemanes, portugueses, dálmatas, sicilianos, napolitanos, belgas, lituanos, franceses, etc.; y sin embargo consérvanse unidos con el vínculo de la caridad, como si fuesen todos hijos de una misma madre...» (1).

Mas la supresión de la Compañía a 21 de julio de 1773 por Clemente XIV, dió un golpe de muerte a la obra que ella sustentara con el valer de sus hijos, sabios y doctísimos maestros.

HACE CIEN AÑOS

Pío VII restableció la Compañía de Jesús en todo el orbe católico, el 7 de agosto de 1814, octava de la fiesta del Santo Fundador.

Bien hubiera querido este celosísimo Pontífice, devolver al Instituto que acababa de restaurar a nueva vida, todas las casas y colegios que poseyera en Roma antes de su extinción. Pero, a pesar de sus buenos deseos, no pudo efectuarlo.

Su sucesor en el Solio Pontificio, el Papa León XII, cumplió los anhelos de Pío VII. El 17 de mayo de 1824 expidió un Breve, dirigido al General de los jesuitas el M. R. P. Luis Fortis, *Cum multa in Urbe*, por el que restituía a la Compañía de Jesús, de una manera definitiva y estable, el Colegio Romano, la Iglesia de San Ignacio con el Oratorio contiguo, el museo y biblioteca, y el Observatorio.

La Compañía de Jesús debía volver a abrir al público las antiguas clases, añadiendo dos nuevas cátedras: una de Elocuencia Sagrada y otra de Física y Química, obligándose al mismo tiempo a publicar periódicamente las observaciones astronómicas del Observatorio Meteorológico, y lo demás que pudiese ser de incremento a los estudios.

En el mismo decreto Pontificio declaraba León XII que dentro de seis meses confiaría también a la Compañía un nuevo convicto-

(1) Cfr. «Vida de San Juan Berchmans, S. J.», por el P. Federico Cervós, S. J.—Barcelona, 1889; p. 195.

rio de nobles en un sitio que ya tenía pensado; y que entretanto asignaba para casa de campo de los futuros convictores la villa de Tívoli, en otro tiempo del antiguo Seminario Romano.

No pararon aquí las bondades de León XII. Para el mantenimiento de los estudiantes del Colegio Romano, y para lo demás que fuera necesario, así de la iglesia como de las clases y local, asignaba una pensión anual de 12.000 escudos romanos que se habrían de suministrar del erario público. Más aún; confirmó y renovó el privilegio de la colación de grados académicos que podrían conferirse tanto en Filosofía como en Teología.

Una compendiosa reseña de la entrega y toma de posesión del establecimiento hemos encontrado en un documento de la época. Hela aquí, traducida fielmente de su original italiano:

«El primero del corriente octubre (1824), a las 22 horas, se llegó al Colegio Romano, con gran comitiva, el Emmo. y Rmo. Cardenal Pedicini, para restituir formalmente la real posesión del mismo, a la Venerable Compañía de Jesús, según la norma de las letras apostólicas en forma de Breve, del Sumo Pontífice León XII, gloriosamente reinante. El anteriormente nombrado Emmo. señor Cardenal, fué recibido en la puerta principal por el Rdmo. P. Luis Fortis, Prepósito General, y por muchos otros religiosos de la Venerable Compañía, como también por el Rdo. señor Abad Gasparini, Rector del Seminario Romano, y por diversos sacerdotes adictos a la Universidad y al Oratorio, así llamado, del Padre Caravita.

Escoltados por la guardia suiza pontificia, se dirigieron todos, acompañados por la multitud del pueblo allí reunido, al Salón de Actos de dicho Colegio, en donde, colocado en sitio distinguido el Emmo. Purpurado, fué leída por el Notario de la R. C., la Procura, en virtud de la cual y por aprobación expresa de Su Santidad, se declaraba haber sido designado para hacer las veces de Su Excia. Rma. el Cardenal Pacca Camerlengo de la Sagrada Congregación de Ritos, en aquel acto; el Emo. señor Cardenal Pedicini, quien después de tal lectura, pronunció una elegante alocución latina, exaltando en ella a los profesores adictos a la Instrucción Pública, y encomiando a la Compañía y animándola al mismo tiempo a corresponder a las esperanzas concebidas por todos en el feliz éxito de la pública, cristiana y científica educación de la juventud. El Rdmo. Padre Prepósito General se creyó en el deber de corresponder en otra alocución latina, expresando con sentimientos de religiosa humildad, la más viva y respetuosa gratitud, prometiendo de nuevo todo su empeño y el de

sus súbditos, en la obra que la Compañía tomaba de nuevo sobre sí, a mayor gloria de Dios y de San Ignacio, por voluntad expresa del Sumo Pontífice reinante.

Fué leído después el Breve de Su Santidad: se siguieron los Actos acostumbrados; y por último se dirigió su Excia. con todo su séquito, y con numeroso pueblo a la Iglesia de San Ignacio, desde donde, después de haber orado, se dirigió al Oratorio del Padre Caravita, en donde se estipuló solemnemente la escritura de posesión, con complacencia y gozo universal, etc.» (1).

El 17 de mayo, pues, del año en curso, se cumplió el primer centenario de la devolución de la Universidad Gregoriana, a la Compañía de Jesús.

El 2 de noviembre, nos dice el autor poco ha citado, fué leído al mediodía el discurso preliminar de los estudios en presencia del Sumo Pontífice León XII y de muchos Cardenales y Prelados, y al día siguiente se dió comienzo a las clases (2).

Así las cosas, pudo volver a su antiguo esplendor la Universidad Gregoriana; esplendor que si pudo eclipsarse un momento en la toma de Roma (1870), a causa de los disturbios que este desagradabilísimo suceso ocasionó, sólo sirvió para mostrar más a las claras su exuberante vitalidad. De 711 alumnos que llegó a contar entonces, descendió a 229 primero, y en los años siguientes de 1871-1872, a 193. Aumentóse en 1876 el número de alumnos, gracias en gran parte a que Pío IX concedió dicho año al Colegio la facultad de explanar

(1) Cfr. *Memorie Storiche intorno alla Provincia Romana della Compagnia di Gesù*.—Dal P. Pietro Galletti, S. J.—Volume primo, pág. 193.

(2) Las cátedras fueron distribuídas en esta forma: *Prefecto de estudios* fué el P. Francisco Finetti.—*Profesor de Sda. Escritura*, el P. Miguel Zecchinelli.—De *Teología Dogmática*, el P. Juan Perrone.—De *Escolástica*, el P. A. Kolmann.—De *Controversia*, el mismo P. Kolmann.—De *Moral*, el P. Luis Santinelli.—De *Hebreo*, el P. Zecchinelli.—De *Liturgia*, el P. Pascual Pantanetti.—De *Historia Eclesiástica*, el P. José Rizzi.—De *Cánones* (para sólo los Germánicos), el P. Santinelli.—*Elocuencia Sagrada*, el P. Finetti.—*Lógica*, el P. Tornei.—*Metafísica*, el P. Ferrarini.—*Ética*, el P. Fco. Xavier Nicolini.—*Astronomía*, el P. Esteban Dumouchel.—De *Física y Química*, el P. Pianciani.—De *Matemáticas*, el P. Carafa.—De *Griego*, el P. Grossi.

En las clases inferiores hubo el orden siguiente: *Retórica*, el P. Bonvicini y el P. Minini.—De *Humanidades*, el P. Benetello.—De *Gramática Suprema*, los PP. Fava y Figari.—De *Media*, Barucchi y de Vico.—De *Infima*, Gambari y Travostini.

El Rector del Colegio fué el P. Luis Taparelli, después de haber hecho su profesión solemne el 8 de diciembre del mismo año.

todo el Derecho Canónico y de conceder gradòs académicos a sus discípulos (1).

No estará de más advertir que antes de 1870 se contaban entre los alumnos del Colegio Romano los jóvenes seculares que, sin aspiraciones al sacerdocio, estudiaban letras humanas bajo el magisterio de la Compañía de Jesús. Hoy los jóvenes seculares discípulos de Jesuítas que cursan el bachillerato, acuden al *Istituto Mássimo*. Los alumnos de la Universidad Gregoriana son todos sacerdotes o aspirantes al sacerdocio.

EL CENTENARIO

Se celebró con la solemnidad con que en Roma, y solamente en Roma, puede celebrarse. Las solemnidades, en la Iglesia de San Ignacio a la sombra del Colegio Romano levantado por el Papa Gregorio XIII, y en el Vaticano en presencia del Papa Pío XI.

En la Iglesia de San Ignacio, los días 13 y 15 de mayo, y en el Vaticano el 17 del mismo mes.

El día 13, fiesta del Beato Roberto Bellarmino, había sido el destinado para el solemnísimo Pontifical en que ofició el Cardenal Merry del Val, exalumno de la Gregoriana. Hay que presenciar un Pontifical cardenalicio en Roma, hay que ver la majestad del cortejo con el oficiante se encamina al trono. El que acompañaba al Cardenal Merry del Val iba encabezado por los alumnos del Almo Colegio Capranicense, que habían de servir al altar; seguía un grupo de más de 60 sacerdotes revestidos de dalmática o casulla y detrás numerosísimos prelados, abades, obispos y arzobispos de capa pluvial. (2)

(1) El número anual de alumnos desde 1869, es el siguiente: 1869-1870, 711; 1870-71, 229; 1871-72, 193; 1873-74, 202; 1874-75, 249; 1875-76, 228; 1876-77, 305; 1877-78, 362; 1878-79, 375; 1879-80, 415; 1880-81, 494; 1881-82, 505; 1882-83, 517; 1883-84, 547; 1884-85, 537; 1885-86, 519; 1886-87, 570; 1887-88, 659; 1888-89, 708; 1889-90, 781; 1890-91, 807; 1891-92, 861; 1892-93, 883; 1893-94, 914; 1894-95, 985; 1895-96, 1025; 1896-97, 1029; 1897-98, 1051; 1898-99, 1095; 1899-1900, 1067; 1901-02, 1026; 1902-03, 1069; 1903-04, 1033; 1904-05, 1040; 1905-06, 1066; 1906-07, 1044; 1907-08, 1076; 1908-09, 1142; 1909-10, 1067; 1910-11, 1090; 1911-12, 1077; 1921-13, 1088; 1913-14, 1107; 1914-15, 819; 1915-16, 497; 1916-17, 455; 1917-18, 369; 1918-19, 393; 1919-20, 738; 1920-21, 858; 1921-22, 995; 1922-23, 1079; 1923-24, 1139.

(2) Entre los *Arzobispos*, *Obispos* y *Prelados*, estaban Mons. Moretti, auditor de la Rda. Cámara Apostólica; Mons. Huyn, Patriarca de Antioquía; Mons. Zonghi, Arzob. de Colossos; Mons. Ridolfi, Arz. de Irenópolis; Mons. Marchetti Selvaggiani, Arz. de Seleucia; Mons. Pellizzo, Arzo. de Damiata; Mons. Cherubini, Arz. de Nicosia; Mons. Cieplak Arz. de Acrida; Mons. Jan-

El Cardenal, imponente en medio del esplendor de sus ricas vestiduras, con la mitra preciosa en la cabeza y el báculo en la izquierda. A su paso, los fieles se inclinan y él los bendice. A sus lados lleva a Mons. Carinci, Rector del Colegio Capránica que hace de presbítero asistente, y Monseñores de T'Serclaes, Rector del Colegio Belga, y Hinsley, Rector del Colegio Inglés, diáconos asistentes.

A las 10 en punto comenzó la Misa; y después de cantado el Evangelio, el Cardenal pronunció esta hermosísima homilía:

«Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi. Et videas filios filiorum tuorum, pacem super Israel» (Is. 49. 18. Ps. 127. 7.)

Estas palabras placenteras de invitación y de augurio, pronunciadas bajo el influjo de la divina inspiración por el Profeta Isaías y por el Salmista, ante la visión de los gloriosos triunfos de la Iglesia de Jesucristo, me parecen muy a propósito para la presente conmemoración centenaria de la restitución del Ateneo Gregoriano a la benemérita Compañía de Jesús; podemos, por tanto, aplicarlas en la debida proporción al solemne aniversario que hoy festejamos en este majestuoso templo de San Ignacio de Loyola, a la sombra del antiguo edificio del Colegio Romano. Hace más de tres siglos que a través de vicisitudes, a menudo irisadas de la alegría más pura, otras veces oscurecidas por intenso dolor, este Instituto, fundado por el Pontífice Gregorio XIII, y confiado a la sabia dirección de los PP. de la ínclita Compañía de Jesús, prosigue felizmente su sublime misión y extiende por el mundo entero su obra benéfica dando a sus

sens, Obispo de Betsaida; Mons. Capotosti, Ob. de Terme; Mons. de la Porte Obispo de Beriso; el Abad Lardi de los Canónigos Regulares Lateranenses; el Abad Serafini de los Benedictinos; el Abad Gariador, el Abad Noot; y los Monseñores: Straniero, David, Skirmunt, Santopaolo, Nardone, Capitani, de Fonseca y otros.

Detrás de los asientos de los Obispos y Prelados tenían su puesto al lado de la Epístola, los Rectores de los Colegios y Seminarios Nacionales y extranjeros que frecuentan la Universidad Gregoriana; o sea los Colegios: Germánico-Hungárico; Pío Latino Americano; Almo Capranicense; Inglés, Escocés, Francés, Belga, Teutónico, de Santa María dell'Anima; Mariano del Cementerio Teutónico; Polaco; de San Ambrosio y San Carlos; Bohemio; Pontificio Español; de San Beda el Venerable; Portugués, Francés; los Institutos Eclesiásticos de María Inmaculada, de los Franciscanos Terciarios, del Hospicio Polaco, de la Casa de San Julián de Belgas, y de la Casa de San Apolinar.

Casi toda la espaciosa nave central estaba ocupada por más de un millón de alumnos de la Universidad Gregoriana revestidos de sobrepelliz; y por los exalumnos que pasaban de quinientos.

innumerables alumnos, de toda estirpe y de toda nación, el tesoro de la verdadera doctrina, y preparándolos para ser en sus diversos países, heraldos de la Fe católica, sacerdotes sabios y ejemplares, defensores valientes de la Iglesia, servidores fieles de la Sede de San Pedro.

Levanta tus ojos a tu alrededor, oh Madre veneranda y fecunda, levanta tus ojos y mira: todos estos se han reunido para venir a tí, para exaltar hoy el beneficio que de tí han recibido; mira y verás la multitud de doctores insignes que en tus aulas han enseñado a miles y miles de jóvenes estudiosos las bellezas de las divinas verdades; mira y verás la multitud inmensa de tus discípulos; desparrramados por todas las naciones; son ellos humildes obreros de la mística vida del Señor; son escritores afamados; son valientes pregoneros de la palabra de Dios; misioneros intrépidos en lejanas tierras; celosos pastores de almas; Prelados eminentes y Pontífices insignes; pero sobre todo mira y regocíjate; viendo los héroes de la virtud cristiana, los Santos y los Mártires que han salido de tu seno y que desde lo alto de los cielos bendicen tu nombre e interceden por ti ante el trono inmaculado del Dios tres veces Santo.

Con el aliento y la bendición especial del Pontífice reinante Pío XI, gloria El también del Instituto Gregoriano, nosotros nos regocijamos por el privilegio de ser hijos de madre tan grande y alabamos al Señor, porque a El solamente pertenece la gloria de la obra por Ella cumplida, a El solo el esplendor y la eficacia de los frutos copiosos que a lo largo del camino secular han sido recogidos y todavía se van recogiendo. «Non nobis, Domine, sed nomini tuo, da gloriam». Y por esto al recurrir este fausto centenario, sentimos nuestros corazones rebosantes de gozo, y postrados a los pies del altar, entonamos el himno de nuestra gratitud y mientras a nuestra voz responden a coro desde sus tumbas silenciosas todos aquellos que nos han precedido, arrojando nuestras coronas delante del trono de Dios repetimos el canto del Paraíso: «Dignus es, Domine, Deus noster, accipere gloriam et honorem et virtutem; quia Tu creasti omnia et propter voluntatem tuam erant et creata sunt».

Demasiado arduo sería querer recordar todos aquellos que por lo esclarecido del ingenio y por la sublimidad en la virtud, han ilustrado el Colegio Romano y la Universidad Gregoriana y han honrado a la Iglesia con sus obras preclaras, aún durante el último siglo de su existencia; pero fuerza es conmemorar uno de los más eminentes doctores de este Ateneo, cuyas virtudes, recientemente ha proclamado heroicas

el Sumo Pontífice, inscribiéndole en el catálogo de los Bienaventurados, Roberto Belarmino.

Ha sido pensamiento feliz el fijar la celebración de este centenario en el día en que festejamos a aquel ilustre campeón de la fe católica, en esta iglesia, aquí donde ahora descansan sus sagrados despojos, cerca del santuario de su angelical discípulo, San Luis Gonzaga. Docto entre los doctos de su tiempo, el Beato Belarmino es una de las glorias más puras del Colegio Romano; y he aquí que en nuestros días se yergue a nuestros ojos circundada con nueva aureola la figura majestuosa de aquel gran Maestro, para manifestar una vez más a los más incrédulos, que la fe revelada, lejos de hallarse en pugna con la verdadera ciencia, la eleva admirablemente, y que la Iglesia de Jesucristo acoge y corona todos aquellos que conociendo las limitaciones del humano saber, no se dejan obcecar por un loco orgullo, antes se sirven del don que Dios les concede para proclamar la gloria de la sabiduría divina y de la eterna e inmutable Verdad. En vano se buscará en las sagradas páginas una palabra de condenación para la ciencia en sí misma ni los Apóstoles, ni los demás pregoneros del Evangelio, se han opuesto jamás a la investigación ansiosa de los hechos y de los fenómenos que se presentan en el mundo en que vivimos; pero han levantado enérgicamente su voz amonestadora de condenación y de reproche, contra algunos sabios de la tierra, no por ser sabios, sino porque se valen de sus conocimientos, ya sea para despreciar la sabiduría infinitamente mayor y de orden sobrenatural, ya para levantar la mano sacrílega y tocar una arca santa no confiada a su custodia, ni sujeta a sus métodos falaces y necesariamente imperfectos.

El que posee el precioso don de la fe y se inclina al magisterio infalible de la Iglesia, sigue sin turbarse el progreso indiscutible del humano saber y sus atrevidas investigaciones. Y cuando los enemigos de Dios y aquellos que lo desconocen, deslumbrados por alguna hipótesis nueva, presentada como conquista cierta, pretenden que el creyente renuncie sin más, o modifique la doctrina revelada y las enseñanzas de la Iglesia, el creyente espera con serenidad imperturbable; con la seguridad de que los nuevos postulados bien pronto se despojarán de todo aquello que a primera vista se manifestaba contrario a la fe, o no tardarán en ser rechazados por sus mismos autores, yendo en breve a aumentar la mole ya inmensa de falsas teorías que registra la historia de las investigaciones humanas, parecidas a las ruinas diseminadas a lo largo de los caminos de la Roma antigua,

como para recordar al peregrino los límites de nuestro entendimiento y la caducidad de las cosas terrenas. De tales sabios habla el Profeta Jeremías cuando exclamaba: «Confusi sunt sapientes perterriti et capti sunt; Verbum enim Domini proiecerunt et sapientia nulla est in eis» (8, 9).

Contra las herejías homicidas de su tiempo, el Beato Belarmino fué luchador invicto y temido; y podemos tener por cierto que, si Dios ha querido retardar hasta nuestros días la glorificación definitiva de este Paladín insigne de la Iglesia Católica, ha sido para ostentárnoslo mejor como dechado, en el combate de errores, viejos y nuevos que debemos afrontar en la época presente.

Es propio de la herejía, escribe el Angélico, substituir las opiniones propias, a la doctrina que nos dió Cristo; «non elegit ea quae sunt a Christo vere tradita, sed ea quae sibi, propria mens suggerit».

No de otra suerte debe decirse de los innovadores de nuestros tiempos que andan propagando por todas partes con desvergüenza los errores más nefastos y los principios más deletéreos, para substituirlos a la verdad revelada. Antes de inclinar el entendimiento al magisterio divino, se aceptan prontamente las doctrinas insostenibles de cualquier docente irresponsable, con tal que reniegue de lo pasado y deje a un lado el orden sobrenatural. Toda oscilación del pensamiento es proclamada al punto, progreso, y bamboleando en la obscuridad de los sofismas más especiosos, los actuales innovadores, nada edifican donde todo lo han destruído, proponiendo problemas que son incapaces de resolver. Y son las aberraciones de una filosofía sin base que abandona los principios inmutables de todo raciocinio verdadero, turba las mentes y las deja perdidas en la duda perpetua y exasperante; ya los esfuerzos irreverentes y caprichosos de una exégesis, con la que se pretendería hallar fallidas las Sagradas Escrituras, o por lo menos interpretarlas del mismo modo que un libro profano; ora los tristes desvaríos de una moral corruptora que todo lo justifica con tal que halague las pasiones y suprima toda sanción; ora en fin los sueños de un fantástico misticismo de mero sentimiento y con frecuencia estrictamente sensual.

Surjan pues nuevos defensores de la verdad en todos los campos de lo cognoscible, y siguiendo las huellas del gran Maestro el Beato Belarmino, sepan disipar las tinieblas del error, con el poder del ingenio y con la pforundidad de sus estudios; sepan ilustrar luminosamente la doctrina inmutable, porque es verdadera, de la Iglesia de Cristo, y al mismo tiempo cooperar valientemente a la salvación de

las almas con el ejemplo edificante de su virtud. Sean doctos, pero ante todas cosas, sean santos: «Qui ad iustitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellae, in perpetuas aeternitates».

Y vosotros, oh jóvenes alumnos de la Pontificia Universidad Gregoriana, que os disponéis a emprender la misión que Dios os ha señalado; vosotros que sois la esperanza de la Iglesia, acordaos que sois herederos de un pasado glorioso; acordaos que os incumbe el deber de tener muy alto el honor de nuestro Ateneo; acordaos de conservar sus tradiciones preclaras.

Sin dejaros desviar por las novedades inconscientes y por el espíritu inquieto de los tiempos, aplicaos en especial con fervor y con ahinco a la adquisición de la ciencia fundamental Filosófica y Teológica, que os preservará, con la gracia de Dios, del peligro, de perder el recto sendero y os guiará segura en la continuación de nuestra Fe. Mas sobre todo implorad de Dios la sabiduría, cuya fuente infinita es El. Dichosos vosotros, si podéis apropiaros las palabras del Sabio: «Optavi et datus est mihi sensus; et invocavi et venit in me spiritus sapientiae et praeposui illam regnis et sedibus; et divitias nihil esse duxi in comparatione illius (Sap. 7).

Vosotros, amados jóvenes, estáis llamados a recibir la unción del eterno sacerdocio: «Vos autem sacerdotes Domini vocabimini», y tendréis que ejercer un apostolado sublime: «Vocationis coelestis participes».

Son tantos los parajes de mucho tiempo desiertos que estáis invitados a fecundar de nuevo con las aguas saludables de la gracia divina; son tantas las ruinas intelectuales y morales causadas por el torbellino del error y del vicio, a vosotros os incumbe la tarea de realzarlas y de restaurar los encantos del reino de Cristo. Plega al Señor que en vosotros se verifique el vaticinio del Profeta Santo: «et aedificabunt deserta a saeculo, et ruinas antiquas erigent et instaurabunt civitates desertas».

Por la intercesión de nuestra Madre la Virgen María, descienda copiosa la bendición de Dios sobre la Universidad Gregoriana, para que ella siguiendo siempre las huellas de su tradicional esplendor, pueda continuar vigorosamente su obra saludable en beneficio del Clero de todas las naciones, y vea sucederse siempre más numerosas las nuevas generaciones de sus hijos fieles y devotos. «Et videas filios filiorum tuorum, pacem super Israel».

¡Oh Corazón Santísimo de Jesús! Acoged nuestros fervientes votos y bendecid el augurio que todos nosotros hacemos por el próspero

porvenir de la Universidad Gregoriana, en este jubiloso centenario que alegra a todos sus hijos ausentes y presentes. «Haec est dies quam fecit Dominus, exultemus et laetemur in ea».

Después de la Misa Pontifical, por concesión bondadosa de Pío XI, dió la Bendición Papal el Cardenal celebrante. Luego cantaron los alumnos el Himno de la Universidad.

Por la tarde, el espacioso templo se llenó nuevamente de estudiantes para escuchar a Monseñor Janssens, obispo de Betsaida, y para entonar el canto del Te Deum y recibir la bendición eucarística, dada por el Emmo. Cardenal Vanutelli, Decano del Sacro Colegio.

El día 15 fué dedicado a la memoria de los bienhechores, superiores profesores y alumnos difuntos, por los cuales se celebró un solemne funeral. Cantó la Misa Monseñor Juan M. Zonghi, Arzobispo de Colossos y Presidente de la Pontificia Academia Eclesiástica.

LA AUDIENCIA PONTIFICIA SOLEMNÍSIMA

La concedió el Papa el sábado 17 de mayo en el Museo Lapidario que corre a lo largo del patio de Belvedere en una longitud de cerca de 200 metros. En el fondo que comunica con el Museo de Escultura, cerrado por un cortinaje de terciopelo rojo, se había levantado el trono del Papa; a poca distancia el espacio reservado para los Cardenales; unas cuantas hileras de sillones, y el resto lleno de filas de bancos apretados para que cupieran sentados los 2.000 oyentes. La dificultad estaba en que pudieran serlo tantos, en tal lugar; para conseguirlo, para que desde el fondo opuesto pudiera oirse lo que se decía a los pies del trono del Pontífice, la Sociedad Radiotelegráfica Italiana colocó convenientemente distribuídos cinco altisonantes amplior.

La Audiencia no fué una de las tantas que concede el Papa en el Vaticano.

El Papa entró en el Museo Lapidario a los acordes del himno pontificio tocado por la Guardia Palatina. Luego, la juventud estudiosa cantó el «Oremus pro Pontifice», compuesto por el Padre Casamattari, S. J. Apagado el canto, el Padre Ledóchowski, Prepósito General de la Compañía de Jesús, se adelantó al trono y leyó el siguiente discurso:

Beatísimo Padre:

Un siglo hace que en este día, vuestro Predecesor León XII, de feliz memoria, al confiar nuevamente a nuestros cuidados el Colegio Romano, llenaba de santa alegría a la Compañía de Jesús, vuelta a

nueva vida pocos años hacía; y recordando los ubérrimos frutos que aquel instituto había producido en tiempo pasado, el augusto Pontífice auguraba que no menores produciría en lo porvenir.

Vos, Beatísimo Padre, cuyo venerado nombre, junto con los de León XIII y Benedicto XV, registra el Pontificio Ateneo Gregoriano como una gloria fulgidísima en el catálogo de sus años, honrando hoy y casi consagrandó con vuestra presencia la Centenaria conmemoración de tan fausta fecha, venís a confirmar el acto de León XII y juntamente parece queréis asegurar que sus votos han sido oídos por la divina Bondad. Y señal segura de esto la tenemos en el favor y la benevolencia tan singular que los Sumos Pontífices, y en especial Vuestra Santidad, se han dignado siempre conceder a aquel Ateneo. Tenemos un argumento consolador en la presencia de estos Eminentísimos Príncipes y Excelentísimos Prelados, alumnos en otro tiempo, hoy prez y gloria de la Universidad Gregoriana, y en la intervención de las Rvmos. Superiores de venerables Ordenes, Congregaciones, Colegios e Institutos que se complacen en confiarnos allí sus alumnos, y la grata corona de los ex-alumnos aquí reunidos que, aquí en Roma, o en otra parte, por el mundo, se consagran con tanto celo a la causa de Dios y de las almas; y finalmente la muchedumbre multicolor de estos queridísimos jóvenes del clero secular y regular en la que vemos, con satisfacción, tantas futuras esperanzas de la Iglesia; ya que elegidos, como flores, de entre los mejores clérigos del orbe católico, se reúnen aquí para formarse en la santidad y robustecerse en la ciencia, y después hechos apóstoles parten anhelantes de esparcir por el mundo aquel espíritu de sagrado romanismo en que aquí se han embebido tan abundantemente.

Con profunda alegría pero no sin temor por la gravísima responsabilidad que nos incumbe, vemos nosotros agigantarse más y más este Pontificio Ateneo, confiado a nuestras débiles fuerzas, por las nuevas cátedras que los tiempos exigen, y por el número de alumnos siempre creciente. Nos es sin embargo de gran consuelo, en nuestro arduo trabajo, el saber que esta obra está bajo la especial protección de Vuestra Santidad, la cual nos ha dado pruebas luminosas, y ahora, con otra magnífica providencia, ha pensado ya en acudir a la imperiosa necesidad de un edificio más a propósito y más amplio, de suerte que alimentamos esperanzas bien fundadas de poder en tiempo no muy lejano, empezar la no pequeña empresa de la nueva construcción.

Todo, pues, en estos momentos solemnes nos mueve a una humilde y profunda gratitud, después de Dios para con Vos, Beatísimo Padre,

y para con esta infalible cátedra de verdad; y la gratitud nos mueve a renovar solemnemente la promesa de que la Universidad Gregoriana del Colegio Romano, con la inmutable tradición de su espíritu, con la prudente adaptación a las necesidades presentes, con su inalterable devoción a la Santa Sede, continuará sirviendo siempre más fielmente a Jesucristo y a su Iglesia.

Beatísimo Padre: en los fastos de la Universidad Gregoriana se recuerda con caracteres de oro el faustísimo examen doctoral del Derecho Canónico, que en su «aula magna», delante de la escogida y admirada juventud escolar, dió Vuestra Santidad, consiguiendo el fallo más encomiástico. En la esperanza de hacer una cosa grata a vuestro corazón paterno renovando una palestra que os vuelve a traer recuerdo de años más jóvenes y más felices, humildemente imploramos Os dignéis consentir que ante Vuestra Augusta Persona se dé también hoy el examen de un candidato al doctorado de Teología, homenaje devoto de todos estos Vuestros hijos, presagio de las valientes batallas que ellos anhelan combatir por la defensa de la Iglesia y del Romano Pontífice.

Pero para que nuestras esperanzas sean escuchadas y nuestras promesas eficaz y generosamente llevadas al cabo, deben estar enriquecidas por la bendición de Dios, de la cual sea auspicio la Bendición Apostólica, que a Vos, Beatísimo Padre, Su Vicario en la tierra, pedimos con filial devoción.

Terminado el discurso, llegóse a besar el pie del Papa un joven sacerdote acompañado del Rector de la Universidad, el Presbítero Alfredo Ancel, del Seminario francés de Roma, oriundo de la diócesis de Lyon, alumno de la misma Universidad Gregoriana. Aspiraba al Doctorado en Teología y se había ofrecido *valientemente* a defender delante del Papa, las 100 proposiciones (20 de teología fundamental, 60 de Dogmática, 10 de teología moral, 5 de Sagrada Escritura, 3 de derecho canónico y 2 de historia eclesiástica); las mismas de que dan cuenta y razón ante el tribunal competente los aspirantes al doctorado en teología. Presencia de ánimo era verdaderamente necesaria para salir airoso en tal empresa. El Presbítero Ancel, sacerdote desde hace no más que dos años, avezado a otros combates, de los cuales lleva las huellas en las cicatrices de su cuerpo y en el ojo de vidrio que suple al izquierdo, perdido en la guerra europea, no debió temblar tanto al verse por vez primera ante el fuego enemigo, como ahora, cuando a una señal del Papa iba a lanzarse—si vale la frase—cuerpo a cuerpo sobre el joven sacerdote en asalto

formidable a su inteligencia, un adversario temible: el Emmo. Cardenal Billot.

Pidió el Cardenal permiso al Papa, e invocó la protección del Santo de la Eucaristía, San Pascual Bailón, cuya fiesta se celebraba aquel día.

Había que oírle, escribe a este propósito Enrique Pucci, había que oírle, mientras, con su aguda dialéctica, iba enumerando uno tras otro, sin interrupción, los argumentos que pueden oponerse contra la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; había que ver su figura con la cabeza inclinada, la frente reluciente, los trazos del rostro tan profundamente incisivos, con la diestra elevada a la altura de los ojos, en un ademán que le es característico en la argumentación dialéctica, con el índice extendido y encorvado, como quien quiere sacar de los más ocultos pliegues de la verdad, los argumentos más sutiles; todo en él evocaba las imágenes antiguas de los Doctores Padres de la Iglesia. Y al escuchar el diálogo seguido entre él y el modesto sacerdote aspirante al doctorado, veíase cómo se iban descartando uno por uno todos los falsos conceptos, todas las interpretaciones erradas del dogma, hasta que al fin, salía a flote la doctrina verdadera y segura, que aun cuando nuestra inteligencia no pueda penetrarla—porque no puede penetrar la esencia íntima de los secretos divinos—nos demuestra empero con certeza inexpugnable la verdad del misterio y lo racional de nuestra fe en él.

Satisfecho el Cardenal Billot, el Cardenal Laurenti, que le sucedió en el ataque, llevó la lucha a un campo diverso. El análisis del Primado concedido por Jesucristo a Pedro y a sus sucesores los Romanos Pontífices exigía el examen de textos evangélicos y de las interpretaciones dadas por los Santos Padres; y en él se empeñaron con fina crítica, tanto el sabio Cardenal como el modesto y docto sacerdote.

Luego el Cardenal Sincero, con delicada agudeza, comenzó diciendo que después que sus colegas habían impugnado las tesis de la Eucaristía y del Primado del Romano Pontífice, a él no le restaba sino impugnar a Dios mismo en su ser Uno y Trino. Y al instante arguyente y defendiente, el venerable Cardenal y el joven presbítero se remontaron a la pura especulación, a las cimas más encumbradas de la metafísica, y en aquellas alturas, el Purpurado, haciéndose eco de Arrio y de los antiguos herejes, y el candidato al doctorado con tanta modestia como agudeza descubriendo al punto el lado flaco de la dificultad, la argucia y el sofisma insubsistente, pusieron en claro la luz esplendorosa de la verdad católica, desvaneciendo por modo maravi-

lloso las nubecillas que, para ocultarnos sus fulgores, han formado los ingenios de los hombres en el transcurso de los siglos.

Después que el Presbítero Ancel, durante una hora, había sostenido victoriosamente el embate de tan poderosos adversarios, el Cardenal Sincero volvióse al Papa para rogarle pusiese fin a la lucha: *pacem peto*, le dijo, *Beatísimo Pater*. Y Pío XI accedió gustosísimo a la petición.

La multitud estudiosa entonó entonces el himno de la Universidad Gregoriana compuesto en dímetros yámbicos por el llorado Padre Casoli y puesto en música por el Padre Camattari.

Terminado el canto, Su Santidad se dignó dirigir a aquella numerosa y escogida asamblea este memorable discurso:

Nos encontramos en el bello, o por mejor decir, en el sublime embarazo, experimentado ya por el grande y glorioso antecesor nuestro León Magno: «De allí viene la dificultad del decir de donde brota la necesidad de hablar». Ya que, estimados y amadísimos jóvenes a quienes primera y más afectuosamente va nuestra palabra, no nos perdonaréis si os despidiésemos sin la palabra del Padre a los hijos, y a tales hijos.

Sea nuestra primera palabra para vos, amadísimo hijo, para vos campeón de esta jornada, campeón victorioso (*una salva de aplausos interrumpe al Papa*) y victorioso contra tales adversarios (*nuevos aplausos*) en quienes el peso de la autoridad, y el esplendor de la púrpura, y la amplitud de la ciencia, y agudeza en la discusión, todo podría hacer temblar el corazón y la mente más robusta. Y Nos agradecemos a vuestros eminentísimos adversarios, quienes a los cotidianos trabajos con que nos prestan una diligente cuanto apreciada cooperación en el gobierno de la Iglesia, han querido añadir éste a fin de dar un realce más deslumbrador a la verdad. Decimos esto no por librarnos de alguna denuncia al Santo Oficio (*risas*), sino para expresar lo que su generosa cooperación a esta hermosa jornada de torneo espiritual, nos pone en el corazón. Torneo espiritual hemos dicho, porque verdaderamente, amadísimo hijo, amaestrado con las armas de la buena escolástica (gracias a Dios honrada todavía entre nosotros, y con su auxilio destinada a serlo siempre en lo futuro), las habéis esgrimido todas en la buena, segura, sólida, límpida norma de este espiritual combate, tan fecundo en íntimo y noble deleite. Tal es nuestra primera palabra, harto merecida.

Otra palabra para vos, ante todas cosas, Prepósito General de la benemérita y gloriosa Compañía que se llama del Nombre de Jesús; nombre que encierra el significado de las promesas de que es divino

compendio y presagio. Alumno en otro tiempo, como nos fué recordado con delicado pensamiento y como nos es dulce recordarlo, alumno en otro tiempo Nos mismo de la Universidad Gregriana, alumno, en otro tiempo, de tantos doctos y santos padres de la gloriosa Compañía; siempre hemos seguido con filial afecto sus destinos, sus vicisitudes y sus gloriosos acaecimientos. Llevados por secreta disposición de la Divina Providencia, de la mano de Dios, allá donde nos esperaban las solicitudes de todas las Iglesias, decimos de todas las Iglesias porque nuestro pensamiento vuela al deseo del Pastor Divino, anhela un solo rebaño bajo un solo Pastor; con nuevo afecto, con nuevo sentimiento, saludamos los acontecimientos centenarios de la Compañía de Jesús, y renovamos nuestro agradecimiento por el magnífico gesto hecho poco ha, por todos los Provinciales de la misma Compañía para asegurar los futuros destinos de la Gregoriana, para iluminarla cada vez con nueva gloria, y enriquecerla siempre más con preciosos frutos. De todo corazón, pues, nos asociamos a la complacencia de cuantos vuelven la vista para considerar los cien años del glorioso camino recorrido. ¿Por qué el pensamiento al llegar a ciertos momentos, al llegar a ciertos números sobresalientes, se vuelve, como por instinto, a recordar, a celebrar las fechas periódicas y, sobre todo, las centenarias? Es como el peregrino que, después de haber recorrido una etapa de su camino, se da cuenta con júbilo, con placer, y hace augurios para el camino que le resta recorrer. Es como el obrero que, como dice el poeta, al caer la tarde, bajo el roble, cuenta y recuenta su salario y se da el parabién del mismo trabajo, y se da el parabién por la sonrisa del cielo, del testimonio que le viene por el íntimo conocimiento de haber cumplido fielmente su deber. Hay algo indeciblemente bello en estas ojeadas centenarias. No está solamente en la aritmética, no está solamente en las matemáticas áridas, sino que son (como dijo otro poeta) matemáticas que se truecan en poesía, en la épica de los grandes números.

Ponderad, como pueden hacerla todos cuantos recorrieron vuestro mismo camino (y bienaventurados vosotros que lo estáis aún recorriendo), la suma de bienes que se acumulan durante un año de vida en la Universidad Gregoriana. Cuánta luz de verdad, cuánta edificación de virtud, cuántos alicientes al bien, cuántos ejemplos, cuántas santas palabras, cuántos consejos de bondad en el espacio de un año! Lo sabemos, lo hemos visto con nuestros mismos ojos. Multiplicad todo esto por ciento. Es una prueba facilísima porque salta a la vista; sencillísima, pero elocuente.

Cuando después, a este último siglo, se añadan tantos otros que le precedieron, volviendo a subir hasta la humilde casa a los pies del Capitolio y a los modestos primeros catorce escolares, que ya en el año 1591 pasan de 2.000, el espectáculo se yergue verdaderamente gigantesco ante el espíritu, y es algo soberanamente bello y consolador. Entonces la palabra de acción de gracias, el *Te Deum*, el *Agimus tibi gratias*, sube espontáneamente del corazón a los labios.

Y Nos vemos multiplicadas e intensificadas las alegrías del camino ya recorrido, vemos los espacios parecer estrechos a tan grande conjunto de verdad y de bien, y repetimos las palabras de San Agustín: «*Dilatentur spatia charitatis, dilatentur spatia veritatis*». Por eso pensamos con íntima alegría y reconocimiento a Dios, que una nueva sede más amplia y decorosa, debe añadirse a la antigua sede de la Gregoriana; sede que felizmente preludia un porvenir digno de semejante pasado, como de semejante presente.

Y a la verdad tenemos seguro presentimiento de un porvenir en el que siempre serán más abundantes en la Universidad Gregoriana los frutos de santidad, de doctrina y de edificación. Ya que, oh amado campeón de la jornada, oh Emmos. contrincantes, oh hijos todos amadísimos, tenemos razón de recoger de estos nuestros espirituales deleites, la más espléndida confianza para lo porvenir. Hoy mismo, en efecto, como canta el Himno de vuestra Universidad, a la protección de Ignacio, de Luis y de Juan, a la queridísima protección de María, se añade, de las tumbas restauradas, la de dos Beatos, Roberto Belarmino y Andrés Bobola; dos Beatos campeones de la ciencia y de la Fe, de la Fe y del martirio, de aquella magnífica unión de cosas que constituye los más espléndidos fastos que sea dado celebrar a la humanidad redimida con la Sangre Divina.

Y ahora es el caso de decir con nuestro buen San Ambrosio: *Prædicavi satis*. Tenemos lo que debemos admirar, lo que debemos venerar, lo que debemos imitar; hemos dicho bastante.

Sale de los sepulcros la voz poderosa que nos invita a la santidad. Desciende de los cielos, abiertos por la augusta mano de Dios, la luz que ilumina y que continuamente espolea nuestra flaqueza a tentar siempre lo más alto. Descienda del cielo la bendición divina, de la cual Nuestra Bendición quiere ser en este momento la señal y prenda.»

Dada la bendición, bajó del trono el Papa y atravesó a lo largo el Museo Lapidario, a los acordes del Himno pontificio y entre los aplausos fragorosos de la juventud estudiosa. Detrás del Papa salie-

ron once Cardenales, numerosos arzobispos, obispos y prelados seculares y regulares (1).

La jornada del 17 de mayo tuvo un remate fraternal en el salón mayor del Hospicio de Santa Marta, donde se congregaron poco después de las 13, casi todos los Cardenales, arzobispos, obispos y prelados que habían asistido al examen de Doctorado. Once fueron los discursos, todos aplaudidísimos, que se pronunciaron durante el banquete, en nombre de las once naciones representadas en la Universidad Gregoriana: América latina y América del Norte, Alemania, Bélgica, España, Francia, Inglaterra, Italia, Polonia y Portugal; a las cuales se agregó en nombre de los exalumnos seculares anteriores al 1871, el Comm. Pericolo, aplaudido estrepitosamente.

DE ESTUDIOS Y ALGO MÁS

La celebración del Centenario de la Universidad Gregoriana ha sido ciertamente una muestra de amor de Pío XI a la Compañía de Jesús. Mas no es la única.

Callarlas todas en esta ocasión sería negra ingratitud, y de la ingratitud escribía San Ignacio a su compañero el P. Simón Rodríguez el 18 de marzo de 1542:

«En la su Divina Bondad considerando, la ingratitud ser cosa de las más dignas de ser abominadas delante de Nuestro Criador y Señor, y delante de las criaturas capaces de la su divina y eterna gloria,

(1) Estaban presentes los Emmos. Examinadores, Cardenales Billot, Laurenti y Sincero, y los Emmos. Cardenales Vannutelli, Vico, Merry del Val, Nasalli, Rocca, Bisleti, Ehrle, Lucidi, Galli; numerosos Arzobispos, Obispos y prelados, entre los cuales Mons. Moretti, Arzobispo de Laodicea, auditor de la Revda. Cámara Apostólica; Mons. Huyn, Patriarca de Alejandría; Mons. Zonghi, Arzobispo de Colossos; Mons. Virili, Arzobispo de Tolemaida; Mons. Cieplak, Arzobispo de Acrida; Mons. Marchetti Selvaggiani, Arzobispo de Seleucia; Mons. Pelizzo, Arzobispo de Damiata; Mons. Lezcano y Ortega, Arzobispo de Managua; Mons. Heylen, Obispo de Namur; Mons. Reyes y Valladares, Obispo de Granada; Mons. Dontenville, Obispo de Tolemaida; Mons. Negre, Obispo de Sibistra; Mons. Janssens, Obispo de Betsaida; Mons. de La Porte, Obispo de Berisso; el Abad Serafini, Secretario de la Congregación de Religiosos; el Abad Lardi, Procurador General de los Canónigos Regulares Lateranenses; el Abad General y el Abad Procurador General de los Premostratenses; el Abad Equin, de Ramogato (Inglaterra); el Abad Marcet, de Monserrat; el Abad Gariador, General de la Congregación Cassinense; el Abad Etcheverry, O. S. B.; Mons. Canali, Secretario de la Ceremonial; Mons. Respighi, Prefecto de Ceremonias, y muchos otros Monseñores.

entre todos los males y pecados; y por el contrario, el conocimiento y gratitud de los bienes y dones recibidos, cuanto sea amado y estimado, así en el cielo como en la tierra, pensé traerlos a la memoria, como después que entramos en Roma, en muchas cosas enteramente y continuamente hemos sido favorecidos del Papa, recibiendo especiales gracias de Su Santidad...» (Paulo III) (1).

Seamos, pues, agradecidos.

Apenas elevado el Cardenal Ratti a la suprema dignidad de Vicario de Cristo en la tierra y Padre universal del mundo católico, con amabilidad exquisita y con inusitadas muestras de cordialidad y aprecio, en el Consistorio Secreto tenido el 11 de diciembre de 1922 en el Palacio Vaticano, creó Cardenal de la Romana Iglesia al R. P. Francisco Ehrle, jesuíta, y el 14 del mismo mes, en el Consistorio público, le impuso solemnemente el capelo.

La prensa de esta capital habló por aquellos días de la empeñada y respetuosa contienda que la determinación de Pío XI de crear Cardenal al P. Ehrle originara entre ambos. Porque el Papa estaba decidido a conferir la Púrpura al sabio jesuíta que le había precedido en el cargo de Prefecto de la Biblioteca Vaticana, cargo que desempeñó por espacio de 19 años hasta que lo puso en manos de Mons. Aquiles Ratti; al paso que el Padre Ehrle le rogaba encarecidamente le dejara en la humilde condición de religioso de la Compañía de Jesús.

En 1922 se cumplía el cuarto centenario de la composición del libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, piedra angular de la Compañía, y arma primera y principal y casi única que esgrimen en las lides del Señor sus más celosos hijos.

Puen bien; Pío XI, movido por las súplicas que le dirigieran por escrito, 29 Cardenales, 4 Patriarcas, 122 Arzobispos, 497 Obispos, 20 Prefectos apostólicos y Vicarios Capitulares, el 25 de julio de dicho año publicó la Bula «*Summorum Pontificum*». En ella hace alusión a los testimonios que en favor de los Ejercicios Espirituales dieran León XIII y Pío X, complaciéndose en citar los nombres de San Francisco de Sales, de San Carlos Borromeo, de Santa Teresa de Jesús y de San Leonardo de Puerto Mauricio que, sin ser jesuitas, tanto y tanto se ayudaron de los ejercicios para edificar la torre de su Santidad. «Nos, dice, estando persuadidos de que gran parte de los

(1) Cfr. Monumenta historica S. J.—Series Prima.—Sancti Ignatii Epistolae et Instructiones. Tomus primus. Matriti 1903. Epist. 38. 18 Martii 1542. Patri S. Rodericio, pág. 192.

males presentes provienen de que ya no hay «qui recogitet corde», quien reflexione en su corazón... deseamos «Summopere», en gran manera, que el uso de estos Ejercicios Espirituales se difunda con profusión de día en día». Y más adelante añade: «Deseando Nos mismo dar una muestra verdadera de nuestra gratitud al Santo Patriarca, en uso de nuestra Autoridad Apostólica y oído el parecer de nuestros venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, preósitos de la Sagrada Congregación de Ritos, declaramos, constituimos y nombramos a San Ignacio de Loyola, celestial Patrono de todos los Ejercicios Espirituales, y en consecuencia, de los institutos, congregaciones y reuniones de cualquier género, que consagran sus esfuerzos y afanes a atender a los que se retiran a Ejercicios Espirituales.»

¿Hay más? El inmortal y llorado Benedicto XV, en su pastoral afán de atraer los pueblos orientales al redil de Cristo, «ut fiat unum ovile et unus Pastor», para que haya un solo rebaño con un solo Pastor universal, acarició en su mente y llevó a feliz término la idea del Instituto Oriental, no solamente para que los sacerdotes de la Iglesia Latina se formaran convenientemente en estos estudios, sino también para que los sacerdotes orientales tuviesen un como propio y peculiar Ateneo de estos elevados estudios, en donde pudiesen informarse en las cuestiones que principalmente pertenecen a la Iglesia Oriental.

Ahora bien; Pío XI, apenas elevado a la Silla Apostólica, trasladó el Instituto Oriental al mejor acondicionado edificio del Bíblico, a fin de que los estudios de uno y otro Instituto, permaneciendo inconfundibles y distintos en sus fines, se pudiesen ayudar y completar. Y en carta del 14 de septiembre de 1922 escribía al Padre General de la Compañía:

«...Por tanto, para llevar al cabo este proyecto, Nos, te elegimos a tí, amado hijo, mediante esta carta; y queremos que sea a tí confiado el Instituto oriental, del mismo modo que el Instituto Bíblico fué confiado a los cuidados de la Compañía de Jesús por nuestro antecesor de feliz memoria, Pío X. Tenemos por cierto, vista la devoción que a esta Sede Apostólica profesa vuestra sagrada familia, que habéis de cumplir con agrado nuestro deseo y voluntad y que pondréis todo vuestro conato por cumplirlo eximiamente, como habéis acostumbrado hasta ahora.»

El 3 de diciembre de 1922, con ocasión del tercer centenario de la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier, ocurrido poco

antes (12 de marzo del mismo año), escribía una Carta Apostólica al M. R. P. General, Wlodimiro Ledóchowski.

Permítanos el lector la cita de un brevísimo pasaje de tan precioso documento.

«Testigo es la historia, dice, y los enemigos de la Iglesia no lo niegan, que el orbe católico, defendido por el oportunísimo subsidio comunicado por Ignacio, comenzó prontamente a respirar; ya que no es fácil conmemorar qué cosas y cuántas llevó felizmente al cabo en todo género la Compañía de Jesús, por la gloria de Dios, teniendo por autor y guía a Ignacio.

»Podrías ver—añade, dirigiéndose a N. P. General—a esforzados hijos tuyos, quebrantar, vencedores, la contumacia de los herejes; procurar en todas partes la enmienda de las corrompidas costumbres; restablecer la relajada disciplina del clero; llevar a muchos a la más alta perfección cristiana; dedicarse oficialmente no pocos a informar a la juventud en la piedad y en las letras, mientras otros procuran con todo empeño amplificar el reino de Cristo con nuevas conquistas, procurando atraer y convertir a la verdadera fe a los infieles.»

No hemos espigado siquiera este tema riquísimo de la benignidad paternal de Pío XI hacia sus perseguidos hijos... Un volumen entero sería menester para consignarlos, pues forman «un cúmulo». Lo ha comprendido así el M. R. P. General de los jesuitas Wlodimiro Ledóchowski, quien, considerando a la Compañía como colmada—es su expresión—por tantos beneficios, ha ordenado a sus súbditos de todo el mundo que hoy pasan de 18.300, además de las ordinarias preces que ofrecen por el Papa, especiales oraciones y sacrificios.

Dice así, traducido de su original latino, el texto de la carta que el P. General dirigió, el 2 de julio de 1923, a todos los Prepósitos Provinciales de la universal Compañía:

«Deseo que todos los Sacerdotes ofrezcan una Misa con la primera intención, y los no sacerdotes una comunión—más de 8.900 Misas, y más de 9.400 comuniones—por las intenciones del Romano Pontífice, por los insignes beneficios que el Beatísimo Pío XI ha colmado y continuamente colma (*cumulativ et continenter cumulat*) a nuestra Compañía...»

¿Será menester ya, para cerrar este capítulo y todo este trabajo, poner de manifiesto lo que supone en Pío XI la reciente solemnísimas elevación al honor de los altares del insigne jesuita Cardenal Belarmino, con todas sus circunstancias *aggravantes*, de tenaz oposición de tantos y tantos, aun de personajes de elevada jerarquía?

Varias veces habló de este asunto no sólo mientras se agenciaba sino aún después de llevado a feliz término.

Algunas de las frases encomiásticas con que enalteció la figura del intrépido apologista y vindicador acérrimo de los derechos de la Silla Apostólica no podrían faltar aquí.

Una de las veces que habló en público de Belarmino, fué en la alocución dirigida el 21 de noviembre de 1922 a los maestros y alumnos de la Universidad Gregoriana. En ella declara a Belarmino gloria ilustre de dicho Ateneo de la Ciencia Sagrada, del cual fué alumno, maestro y Rector insigne, y expresa sus más ardientes deseos de verle pronto honrado con la aureola de los Santos, en la cual honra, continuará siendo, dice Su Santidad, lo que fué siempre Belarmino, «el gran controversista, el gran maestro, y el gran apologista de la Doctrina católica», con sus escritos y con su vida ejemplar y santa. Encomia también en dicha alocución a los actuales maestros de la Gregoriana porque su vida—según el pensamiento del Pontífice,—consagrada a la ciencia y a la fe, es el más luminoso ejemplo, y la mejor respuesta a los que se preguntan si la fe y la ciencia pueden marchar unidas.

Bien quisiéramos trasladar todo íntegro el hermosísimo y extenso discurso que pronunciara Pío XI el 15 de abril de 1923, en el que, después de la promulgación hecha por Benedicto XV el 22 de diciembre de 1920 del decreto que declaraba heroicas las virtudes de Belarmino; su digno sucesor aprobaba los dos milagros necesarios para la beatificación del siervo de Dios. En él veríamos cómo las alabanzas y frases de aprecio del Pontífice, así por el nuevo candidato al honor de los altares, como por la Orden religiosa de que fué miembro, se suceden sin interrupción. Pero no nos es posible detenernos más, y debemos contentarnos con haberlas indicado.

Más adelante, cuando el 13 de mayo de 1923 promulgó solemnemente el decreto de la Beatificación de Belarmino, el mismo Soberano Pontífice hace un resumen en el Breve, de la vida del nuevo Beato. En él recuerda el Padre Santo estas palabras que Clemente VIII pronunciara en el solemne consistorio de 3 de marzo de 1579, al conceder la Púrpura cardenalicia a Belarmino: «*A este hemos elegido, porque no tiene otro igual en la doctrina, la Iglesia de Dios*».

Para seguir el orden cronológico, aunque otra cosa parece exigiría la materia, anotamos aquí que el 20 de marzo de este mismo año 1924, el Papa ha concedido, a todas las iglesias de la Compañía de Jesús, un jubileo plenísimo, semejante al de la Porciúncula que podrá ga-

narse desde el medio día del 30 de julio hasta la media noche del día de San Ignacio de Loyola. Y a concederlo se ha movido Su Santidad «con agrado singular, a fin de que la familia religiosa de Clérigos Regulares de la Compañía de Jesús, en gran manera benemérita de la Iglesia por tantos y tan grandes títulos, tenga una señal particular del afecto del Pontífice».

No es posible soltar la pluma sin escribir antes cuatro palabras sobre otras dos pruebas más de amor y confianza verdaderamente abrumadoras. Se trata del Instituto Bíblico y de la Universidad Gregoriana.

Sabido es que el Pontificio Instituto Bíblico había sido proyectado por León XIII y fué erigido por Pío X. Las letras apostólicas de su erección VINEA ELECTA las firmaba el 7 de mayo de 1909. Y es también cosa muy sabida que desde el primer día, por voluntad del Romano Pontífice, quedó confiado al cuidado exclusivo de la Compañía de Jesús (1).

No es del caso reseñar siquiera brevemente la historia del Instituto Bíblico; basta para nuestro intento dar cuenta del *Motu proprio* «Bibliorum scientiam» dado en San Pedro el 27 de abril de 1924. Después de ponderar en el preámbulo la importancia de los estudios bíblicos decreta el Papa Pío XI lo que sigue:

I. Los grados académicos obtenidos previo examen ante la Comisión Bíblica o el Instituto Bíblico dan los mismos derechos y producen los mismos efectos canónicos que los grados en teología o en derecho canónico conferidos por cualesquiera Ateneos Pontificios o Institutos católicos.

II. El beneficio, que según los cánones, tenga la obligación de exponer al pueblo las Sagradas Escrituras, no se confiera sino a aquellos que, además de los otros requisitos, junten el de ser licenciados o doctores en Escritura.

III. Nadie sea promovido al cargo de profesor de Sagradas Escrituras en los Seminarios, sin que antes haya obtenido legítimamente, previo curso especial de estos estudios los grados académicos ante la Comisión Bíblica o el Instituto Bíblico. Pero queremos que el título de bachiller que da el Instituto Bíblico a los que en él han cursado el primero y el segundo año, recibiendo en ellos las enseñanzas más importantes, sirva tanto para poder enseñar materias bíblicas como para conseguir el beneficio de que trata el n. II; esto no quita el de-

(1) El que desee alguna mayor noticia del Pontificio Instituto Bíblico, vea el interesante artículo que sobre el mismo se publicó en *Razón y Fe* (mayo 1912).

recho de que sean preferidos los que hayan alcanzado la licenciatura o el doctorado.

IV. Sepan los Superiores supremos de las Ordenes regulares y de las Congregaciones religiosas que Nos queremos que, si a todos no, al menos a alguno de sus estudiantes de teología que hallaren más aptos para los estudios bíblicos les manden acudir a las clases del Instituto Bíblico, después de terminados los años de teología, tanto si los hubieren cursado en Roma como en otra parte.

V. Tengan lo mismo como dicho y mandado para sí los Obispos del orbe católico, los cuales además harían una cosa muy agradable a Nos si fundasen ellos o procurasen que otros generosamente fundasen una o más becas, para que otros tantos sacerdotes de sus diócesis pudiesen frecuentar las clases del Instituto Bíblico y alcanzar en él los grados académicos. Ciertamente que no les faltará hospedaje en Roma a los sacerdotes que enviaren los Obispos por esta causa.

VI. Para alentar con Nuestro ejemplo a lo que acabamos de exhortar, damos doscientas mil liras, cuya renta anual distribuiremos por medio de la Sagrada Congregación de Universidades y Seminarios, a dos Sacerdotes que hayan de sustentarse en Roma, con las condiciones antedichas; y a la misma Sagrada Congregación encomendamos la ejecución de lo decretado en los cinco capítulos anteriores y la prudente ordenación de lo mismo.

Mientras tanto rogamos a la Sabiduría divina favorezca nuestra empresa con la cual se une y entrelaza un bien grandísimo de la religión.»

Tales son las disposiciones de Pío XI relativas al Instituto Pontificio Bíblico publicadas en «Acta Apostolicae Sedis».

Y ahora para terminar por donde hemos comenzado, una palabrita sobre la carta del Papa Pío XI sobre la Sociedad de exalumnos de la Universidad Gregoriana. Fechada el 5 de mayo de 1924 vió la luz pública en «Acta Apostolicae Sedis» del 2 de junio último. En ella recuerda el singular cuidado y la benevolencia de la Sede Apostólica hacia el Ateneo Gregoriano; conmemora después la gloria de sus discípulos santos: el Beato Cardenal Roberto Belarmino, San Luis Gonzaga, San Camilo de Lellis, San Juan Berchmans, San Leonardo de Puerto Mauricio y San Juan Bautista de Rossi; dice que sería largo contar los maestros y doctores, los predicadores del Evangelio, aun entre gentes bárbaras, los Prelados del palacio y Curia pontificia, los Obispos, Cardenales y Romanos Pontífices que ha dado a la Iglesia y hasta los varones esclarecidos en virtud y ciencia que entre los mismos seglares salieron de sus aulas para bien de la república. Re-

cuerda luego la restitución del Colegio Romano a la Compañía de Jesús deseada por Pío VII y llevada a cabo por León XII; se alegra de poder celebrar el centenario de semejante devolución y pasa revista a los servicios prestados a la Iglesia en el siglo que ha terminado: los trabajos diligentísimos cuando se trató de la definición del dogma de la Inmaculada; cuando se preparaba y se celebraba el Concilio Vaticano; la obediencia y alientos con que se cumplió el encargo de León XIII de restaurar la doctrina de Santo Tomás de Aquino. A estos méritos extraordinarios, dice Pío XI, hay que agregar los cuotidianos: la formación sólida en doctrina de más de doscientos Obispos que hoy gobiernan diócesis en el mundo entero; de una tercera parte de los Cardenales que forman el Sacro Colegio y el haber frecuentado en otro tiempo las aulas de la Gregoriana el mismo Papa con grande placer y utilidad. De aquí que a los muchos testimonios de paterna benevolencia que le ha dado desde los comienzos de su Pontificado, quiera ahora darle otro enteramente singular, levantándole desde los cimientos un edificio magnífico que responda más dignamente al número ingente de alumnos y nuevas cátedras a la vez que a la importancia de la cosa misma y su destino. Y de este su intento quiso que fuese un testimonio la medalla que hizo acuñar en este su tercer año de Pontificado. Luego le da el parabién por la erección de la *Asociación de antiguos alumnos*, ahora en las solemnidades centenarias, bajo el patrocinio del que fué, en otro tiempo, alumno, maestro y rector el Cardenal Roberto Belarmino. En cuanto el Papa tuvo noticia de ello, no sólo la aprobó, sino que como antiguo discípulo resolvió formar parte de la sociedad y tomarla bajo su tutela, si bien al presente delegó sus veces en el Cardenal Cayetano Bisleti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades. Añade el Romano Pontífice que ha leído y aprobado el reglamento de la Asociación y quiere, como nueva prueba de peculiar benevolencia, que se agregue al pie de esta carta para que con ella se junte y se muestre perpetuamente. Termina dando la bendición apostólica al Padre General de la Compañía de Jesús y a todos los profesores y alumnos de la Universidad Gregoriana.

Acabemos. Después de todo esto, échense todas las acusaciones de los émulos, todas las calumnias y críticas, viejas y de última hora, de los que van a la zaga y de los que se dicen ir a la vanguardia... en uno de los platillos de la balanza, y en el otro las pruebas de benevolencia y confianza del Papa Pío XI. ¿Qué pesa más?

L. SILVA DE RAMIRO.